

Viajeros al Tucumán en el siglo XVI

Rodrigo Alcorta

En poco más de medio siglo se concibe y ejecuta el proyecto español de ocupación y población del territorio que configura la actual región Noroeste de la Argentina. Entre 1550 y 1600 se fechan apertura y cierre de este ciclo colonizador jalonado por la fundación de las ciudades de la Gobernación del Tucumán, Santiago del Estero, Tucumán, Córdoba, Salta, La Rioja y Jujuy que se consolidan. Otras, como Esteco, que pese a tres intentos fundacionales en 1567, 1592 y 1609, sucumben a las dificultades. “La segunda mitad del siglo XVI –afirma Gonzalo Menéndez Pidal– está consagrada en la política pobladora de América meridional, a establecer el lazo de unión que, a través del Tucumán, había de unir las tierras pacíficas del Perú con el Buenos Aires repoblado”.

La Gobernación era una vastísima región que abarcaba 700 mil kilómetros cuadrados cuyos límites se marcaban a grandes trazos. Al norte con Perú; al sur con la Gobernación de Buenos Aires; al este la jurisdicción de Concepción del Bermejo y al oeste Chile y Perú. El peso de la extensión era mayor por la escasa población española y el aislamiento a que estaba sometida por las enormes distancias y la lentitud del transporte. Se ha estimado que a finales del siglo XVI la población no excedía las 700 familias de españoles, lo que equivalía poco más de “uno por cada mil kilómetros cuadrados”, según Lizondo Borda.

El conocimiento del Tucumán a mediados del siglo XVI era bastante impreciso, cuando no nulo. Aunque ocupara la mayor extensión del territorio argentino adyacente a Los Andes, observa Gárgaro. En 1542 en carta a Carlos V, Vaca de Castro había mentado al Tucumán como tierra “muy poblada y rica”. En 1548 un informe de servicios la situaba así: “es la primera provincia pasados dichos Andes”.

En 1549 escribía La Gasca en el nombramiento a Juan Nuñez del Prado para proseguir la empresa abierta 15 años atrás por Diego de Almagro: “Somos informados que adelante de la Villa de la Plata provincia de las Charcas de nuestros reinos del Perú está una provincia que se llama en lengua de Indios Tucumán”. Esta era la vaga noticia que poseían los funcionarios españoles de la región. Cuatro años antes se había iniciado en Potosí, a cien leguas al norte, la explotación de las minas que pronto modificarán la faz del Tucumán, convertido en abastecedor del centro minero.

Las posteriores noticias del Oidor de Charcas, licenciado Juan de Matienzo, no cubren esta carencia si bien en su obra *Gobierno del Perú* dejó minuciosos itinerarios del trayecto Charcas - Santiago del Estero que han dado lugar, empero, a errores geográficos posteriores. Matienzo estuvo en Charcas y Cuzco pero, según Levillier, “sin poner el pie al sur y sin ver el Tucumán ni el Río de la Plata”. Matienzo se limita a consignar que ésta es tierra rica, grande “y muy poblada hay en ella muchos indios” y abundante ganado de la tierra. La deficiente información de Matienzo o su deseo de movilizar gentes en esta marcha al Sur le hizo señalar la necesidad de fundar un pueblo en el Paraná, convencido –dice Demetrio Ramos– de que las minas del Inca estaban en la región de Salta, y de esta forma dar salida a estas riquezas.

La ejecución del proyecto de población del Tucumán encuentra más acabada forma en el Virrey Francisco de Toledo en quien esta idea tiene además inteligencia y voluntad reunidas. El epistolario de Toledo, (1570-1581) contiene noticias más precisas de los asuntos y peculiaridades del Tucumán. En esta región debía afianzarse la tarea de poblamiento de ciudades que serían la base de esa apertura de “puertas a la tierra” que era percibida como necesidad de alcance más vasto y complejo.

La ocupación del Tucumán era objetivo central de esas tentativas de encontrar una salida hacia el Atlántico a través del Río de la Plata que sustituiría así al sistema comercial de Panamá-Portobello-Lima y que se prolongaba luego

por tierra al interior del Alto Perú y llegaba al Tucumán. Francisco de Aguirre le escribía a Toledo en 1562 que esta región es “la mejor y más rica de cuanto yo he visto” y sostenía que el Río de la Plata podía ser salida al Atlántico, y “por donde se puede ir a España sin peligro de corsarios en treinta o cuarenta días, así los de esta Gobernación de Tucumán como los de Chile y del Perú”.

El argumento de la menor distancia valía también por tierra. De acuerdo a la estimación de Bliss, la distancia Buenos Aires - Jujuy era de 550 leguas, que se duplicaban al utilizarse la vía de Portobello. Esto inducía a los fletes, que imponía el monopolio de Lima a los artículos que llegaban a tierra adentro.

De cualquier modo existían otras dificultades además de las explicables resistencias del monopolio mercantil. Eran, según Lynch, las derivadas de la falta de poblaciones estables y consolidadas entre Buenos Aires y el Alto Perú como de la inexistencia de un buen sistema de postas, provisiones y defensa de los indios. Dificultades que, de cualquier modo, parecían superables por la actividad de los contrabandistas que utilizaban la ruta prohibida. Tal el caso de los portugueses que a fines del siglo XVI controlaban un tráfico que les reportaba el 25 por ciento de la producción de plata de Potosí, de acuerdo con estimaciones de Pierre Chaunu.

Era necesario consolidar un sistema de poblaciones capaces de garantizar ese intercambio entre las regiones y “para que aquella provincia del Tucumán se pueda unir y comerciar con la ciudad de La Plata”, como mandaba Toledo en 1572 en una de sus órdenes de fundar en el Valle de Salta. Esta embrionaria integración no se proyectaba en una sola dirección ya que el establecimiento de ciudades permitió aquí el flujo de pobladores, religiosos, recursos militares, movimiento de ideas y creencias, de modas y costumbres. Esta incipiente interdependencia distaba mucho, no obstante, de ser base suficiente para una posterior integración nacional. Con esta circulación de personas vendrán los primeros viajeros y con ellos, los primeros de esta región del Nuevo Mundo que tardíamente interesó a los conquistadores, como afirma Vicente D. Sierra.

Este viajero colonial ha dejado, como al descuido, hebras sueltas que tientan al tejido de un tapiz biográfico de estas ciudades cuatro veces centenarias. Carentes como estamos de dibujos y pinturas de estas poblaciones, ayudan a perfilarlas. El viajero escribe a vuelapluma y las prisas contagian su prosa. No pocas veces el tiempo destiñe las imágenes, pues, entre el andar y el escribir, suele mediar un largo trecho. En periplos tan largos como éstos es factible que las visiones se confundan si no se tiene la pulcritud de anotarlos todo al instante.

El testimonio del viajero como fuente ofrece no pocas prevenciones pero así como el forastero de paso confiere cierta ligereza a sus juicios o resta en otros casos credibilidad a sus noticias, no es menos cierto que esto mismo permite obtener de ellos un bosquejo más fresco de lo que se observa.

Este trabajo es un desgajamiento de uno mayor sobre el viajero a esta región en los finales del siglo XVI, XVII, XVIII y primera mitad del XIX. En esta primera etapa estamos ante un tipo de viajero bien perfilado y con rasgos distintos sobre los que vendrán luego. No estamos aquí ante el viajero-científico ni el funcionario, como tampoco ante el viajero-comerciante. Este primer viajero es español y sacerdote. No parece venir predispuesto a ser cronista pero el espectáculo es tal que lo convierte en escritor. No tiene interés específico por materia alguna, pero le interesa inventariar toda esa realidad ante la que ni asume la actitud del viajero no-español, que enjuicia y condena, ni se siente extraño totalmente, sino, en cierta medida parte de lo que ve. Son los primeros que describen el Nuevo Mundo y como tales, dice Antonio Gerbi, "están dominados todavía por el entusiasmo, un entusiasmo que no les permite ver las diferencias americanas, ninguna inferioridad respecto al Mundo Antiguo y que les lleva a asimilar la naturaleza americana a la europea".

Este primer viajero religioso y cronista llega al Tucumán luego de un período en que se había marcado la ausencia de sacerdotes en la región donde sobraban penurias y faltaban estímulos. En 1590 el Virrey del Perú afirmaba que los religiosos de Lima debían marchar al Tucumán "donde hay guerras y trabajo".

Tres años después Felipe II, desde el Escorial, urgía el traslado de aquéllos “para la doctrina y conversión de los indios”. Este sera el clima de la época en la cual los viajeros primeros iniciarán la descripción de esta porción de la América española.

Hasta la aparición de estos viajeros puede decirse que el conocimiento del Tucumán en la capital del virreinato y en el propio reino eran deficientes. Los veteranos conquistadores que la conocían no escribían y los que escribían sobre la región no la conocían, sino por referencias indirectas. También es cierto que los funcionarios de Lima y Charcas fueron hombres poco amigos de prodigarse en descripciones escritas, como observó Levillier.

Estas imprecisiones quedaban en evidencia en descripciones y crónicas generales de Indias. Así la *Geografía y Descripción Universal de las Indias* (1571-1574) de Juan López de Velazco comenzaba su capítulo sobre la región diciendo: “De la Gobernación del Tucumán se tiene poca noticia por estar tan lejos de las provincias del Perú y apartadas del camino que va a Chile”. Luego se recogen referencias contradictorias de terceros: “la tierra, según dicen, es de razonable temple y bien proveída de mantenimientos, aunque otros dicen que es estéril y sólo hay en ella algún poco de maíz y algún algodón de que se visten pobremente los indios; no hay minas de oro ni de plata hasta ahora que se sepa”. La única certeza es su carácter mediterráneo: “es provincia mediterránea, y así no alcanza ni el mar ni la costa”. El P. Diego de Rosales aludía en su *Historia de Chile* al Tucumán como “provincias abastecidas y pobladas para poder sustentar un poderoso ejército”.

El viajero aparece cuando nace la ciudad. Antes de esto había conquistadores errabundos. La ciudad es la referencia del viajero en esa naturaleza indócil e indominada al punto de que se confundía con el pequeño poblado y en alguno de éstos la tupida vegetación estaba literalmente dentro de las viviendas. Los mismos materiales de esas casas eran una transformación de lo que ofrecía la naturaleza. En este esbozo de ciudad de los inicios, “no hay casas, ni

calles, ni plaza, ni cerca." Todo vive en la imaginación de los fundadores, dice José María Rosa. A muchos de estos poblados el título de ciudad quedará como traje grande, nada proporcionado al cuerpo. Como fuere, el poblado marca el hito del viajero, su guía, le fija sus jornadas y hasta ordena la numeración de los capítulos escritos.

Los caminos para llegar a las ciudades del Tucumán reconocían fundamentalmente dos puntos de partida. Si se bajaba de Lima al Alto Perú y de allí por la Puna al Tucumán. O en sentido inverso, si arrancando del puerto rioplatense se seguía hacia Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy para proseguir hacia Potosí y culminar en Lima, punto terminal del viaje colonial. Era la capital virreinal el inicio o final, alfa u omega, del viajero de esos siglos.

El viaje de Lima al Tucumán fue el más utilizado en este primer período, guardando así correspondencia con la misma orientación predominante en la corriente comercial. El camino utilizado por Diego de Rojas pronto cayó en desuso y fue sustituido por otro que corría más al Este. Esta corrección de la ruta hacía pasar ahora la entrada al Tucumán por el Alto Perú a través de Suipacha, pasando por Humahuaca, Maimará hasta desembocar en los valles de Jujuy y Salta, proseguir a Esteco, Tucumán y Santiago del Estero. En el siglo XVI y comienzo del siguiente fue el "camino del Perú" conducto natural en este intercambio interregional.

Enrique Setti, al estudiar los derroteros del Tucumán, ha concluido que durante los siglos XVI y XVII este camino del Perú era un "derrotero muy accidentado con profundas huellas que se anegaban en épocas de lluvia; el tránsito de vehículos ligeros era poco frecuente, pues corrían peligro de quedar detenidos en algún lodazal o en las gruesas capas de tierra seca durante el invierno. En estos siglos el tránsito se hacía a caballo, utilizando postas o en las pesadas y lentas carretas, especiales para los malos caminos". El viaje era penoso y los obstáculos ocasionales surgían tanto en el verano lluvioso como en el invierno seco que, por una razón u otra, imponían restricciones temporarias al viajero.

El pórtico de entrada al Tucumán viniendo por las provincias altoperuanas era la transición entre paisajes bien diferenciados. Se dejaban atrás caminos serpenteantes que se andaban en lentas jornadas a lomo de mula a igual velocidad que el paso de hombre. Caravanas de mulas en sendas que apenas permiten la marcha de una tras otra a cinco mil metros de altura y acosados por los rigores de la alta meseta de vegetación tan erizada como pobre como todo el paisaje que oprime al viajero. Aridez, temperaturas extremas, paisaje lunar. Por allí avanzó la vialidad incaica cuya mención hacen estos primeros cronistas.

Se hace perceptible con el andar un cambio paulatino y se insinúan ya amarillentos pastizales y maíces que no alcanzan la madurez, dice Friederici. Hasta llegar a las formaciones subtropicales, cubiertas de pastos verdes, bien regadas tierras, flores y árboles diversos y coloridos. Francisco de Aguirre había visto en los valles “un oasis que brindaba refugio en medio de la agreste serranía”. Sitios donde, según informe de un veterano de la conquista, se sabe que crecen “maíces del alto de un hombre de a caballo”. Sitios de fertilidad que permitieron la subsistencia de poblados en los difíciles años de la etapa defensiva y que le permitió ser una de las regiones abastecedoras de Potosí. Los recursos de la naturaleza sin embargo no estaban acompañados aquí de otros recursos que permitieran su buen aprovechamiento.

El otro punto de partida era Buenos Aires, arrancando desde la “esquina de Medrano” siguiendo el rumbo norte, hacia Córdoba, ciudad ésta que era –como refiere Enrique Barba– base de comunicaciones del norte con el litoral argentino. En este punto de Buenos Aires se iniciaba el viaje para cubrir en jornadas de hasta tres meses los 1.690 kilómetros que separaban a esta ciudad de la de Salta. Este tiempo podía reducirse a poco más de un mes si se utilizaba a cambio de la carreta otros medios más veloces. Mientras que el camino de Lima-Tucumán estaba salpicado de “tambos” dispuestos a cuatro leguas entre uno y otro por los Incas; en éste aparecerán las “postas” para cumplir similares funciones. De Córdoba se proseguía hacia Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy, para pasar a Potosí, Charcas, Cuzco.

Para llegar a la ciudad de Salta por este acceso había que cruzar ríos y “tagaretes” que la rodeaban. En verano, la crecida de estos ríos hacía riesgoso el paso y las más de las veces los que intentaban pasarlos eran arrastrados junto a sus cabalgaduras, exponiéndolos a la segura muerte.

Cuando no era la humedad, los pantanos y mosquitos que pululaban en ellos ponían en similar riesgo a pobladores y forasteros. En ambos casos podría decirse con Braudel que aquí el agua no quiere decir vida, sino muerte. El paludismo, “enfermedad del medio geográfico” según el mismo autor, se erige como uno de los más grandes obstáculos en el desarrollo de estas ciudades. La enfermedad es una de las constantes de los viajeros, y salvo raras excepciones, todos ellos la padecieron.

Pero estas condiciones desfavorables no parecían privativas de estas regiones de la América española, sino comunes a esos años. Según Friederici, las condiciones de los países de Europa en igual período no eran mejores. Los caminos eran lamentables y los viajeros colmaban sus libros con quejas por el pésimo estado de los mismos. Otros renegaban de la condición de las ciudades, como París, que era “una ciudad llena de lodo”.

Tales son los senderos, que aún no son caminos, que transitan estos trotamundos. Habrá caminos cuando el tráfico se incremente, según define Karl Deutsch. Hasta entonces más que caminos habría que hablar de “sombras de camino” como lo hace Friederici. Antes de dejar este aspecto conviene recordar que Salta, situada entre dos regiones topográficamente diferentes, fue adquiriendo una especial importancia en el sistema de comunicaciones coloniales, y su papel de centro intermediario y de invernada de las mulas destinadas al transporte de pasajeros, cargas, fuerza motriz en las minas y para tiro en las calesas y coches de paseo de los acaudalados peruanos. Esta presencia de la mula en las ciudades americanas descubre para Braudel unas raíces mediterráneas europeas y remiten inmediatamente al paisaje del Mediterráneo.

En Salta, el camino levemente ondulado o de llanura ha terminado. De aquí al norte se inician los senderos estrechos y ascendentes hacia el Alto Perú. En ellos, la mula demostraba sus ventajas en estos senderos donde su resistencia era superior y mayor la seguridad que ofrecían. Cientos de mulas marchando una tras otra, ocupando con regularidad el mismo puesto –anotó Brehm en su *Vida de los animales*– y el que sigue, “pone con una precisión casi puntual el pie en la huella del precedente”.

La mula, añade Bernardo Frías, podía ser más eficiente allí y sortear las dificultades de la orografía que “sus cascos agarraban mejor en los estrechos desfiladeros, y sus piernas de vigorosa fuerza tenían de superior para trepar a cada paso las alturas”. Salta era pues la última parada posible para “aprestar el ganado para la penosa ascensión”. Esta situación le confirió un importante papel en el comercio inter-regional y junto a Tucumán, donde se fabricaban las carretas, reunían lo que constituía la industria de los medios de transporte. Puede decirse que era la rótula del sistema colonial. El sitio donde la carreta y el buey se cambiaban por las recuas de mulas. La geografía condicionó así favorablemente a la región para su desarrollo económico temprano, pero también demasiado atado a coyunturas especiales de la minería potosina y la economía altoperuana.

Hemos procurado definir en grandes rasgos los inconvenientes que se relacionan en forma directa con el viajero: paisaje, senderos y caminos, medios de transporte, caracteres ecológicos de los asentamientos. Trataremos de hacer lo mismo con los testimonios escritos de estos viajeros los que, dentro de la panorámica más amplia de tres siglos y medio, son sólo secuencias de un período muy limitado, pero fuertemente significativo por tratarse de las primeras décadas de existencia de estas ciudades.

El primero de éstas es Fray Reginaldo de Lizárraga, cuyo nombre verdadero era Baltasar de Obando. Suficientemente conocida su obra recordaremos, empero aquí, que había nacido en 1545, profesando a los quince años en la Orden de los Padres Dominicos. En 1586 al despoblarse la provincia Dominica

del Perú y crearse la de Chile, Argentina y Paraguay, se traslada a Lima. Hacia 1588 debió llegar al Tucumán luego de un viaje a pie desde la capital virreinal. Había salido del Perú con sus alforjas y su bastón de caminante, *la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile* ha sido estimada, por el mismo Rojas, como el primer testimonio que muestra la tierra y sociedad de la conquista argentina. Lizárraga tuvo un conocimiento directo y de su trato con “gobernantes y prelados, caciques y conquistadores, maestros y bandidos”, pudo lograr una preciosa información sobre el Tucumán, incluso su historia. La observación *avanza*, en el descubrimiento de costumbres, caracteres y mentalidad de esa época. Late en su libro una aproximación humana a esta realidad descubierta por él a la literatura de viajes.

El segundo testimonio importante es el que aporta Fray Diego de Ocaña, nacido en un pueblito de La Mancha en 1570. Perteneciente a la Orden de los Jerónimos salió en 1599 de Sanlúcar de Barrameda hacia Portobello con el propósito de recoger limosnas para el culto de la Virgen de Guadalupe, de acuerdo con el privilegio concedido por los Reyes de España. El P. Arturo Álvarez, anotador de Ocaña, le llama “manchego y quijotesco”, ameno escritor y mejor observador. El propio Ocaña dirá en sus papeles: “escribo lo que he visto y experimentado”. Y para no fiar a su memoria el testimonio, toma prolija nota de todo cuanto conoce. Hacia fines de 1602 debió estar en las provincias del Tucumán. Luego de viajar seis años seguidos por la América del Sur y recorrer más de treinta mil kilómetros a pie, lomo de mula o carreta, enferma en Lima y muere en 1603 sin poder regresar a España. Su libro *Un viaje fascinante por la América Hispana del siglo XVI*, escrito en Lima, se conoció íntegro gracias a la labor del Padre Álvarez, que lo editó en 1969.

Dentro de la realidad del mundo del siglo dieciséis, aunque con un pie en comienzo del siguiente, podemos situar los aportes del P. Antonio Vázquez de Espinosa, Carmelita Descalzo, que entre 1614 a 1620 recorrió de México al Río de la Plata, en un viaje bien conocido ya. Nacido en Jerez de la Frontera, murió en Sevilla en 1630. Debió estar de paso por el Tucumán hacia 1617, y según anota

su anotador y compilador, Charles Upson Clark, “sus descripciones del Tucumán y Paraguay parecen ser las de un testigo ocular”. Su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, de 1630, es fuente frecuentada para estudiar el pasado americano.

Por último podemos incluir al Jesuita Diego de Altamirano, que en su *Relación Histórica y Geográfica del Estado de las Provincias del Río de la Plata, Tucumán ...*, conservado en la colección Manuscritos de América de la Biblioteca Real de Madrid, aporta noticias adquiridas “en 36 años de servir a la Compañía de Jesús” como él mismo anota. El P. Charlevoix lo menciona en su clásica *Historia del Paraguay* como profesor de Teología en Córdoba, pasando luego a las reducciones de Esteco y San Javier.

Lo que más atrae la atención de estos viajeros es el paisaje, la distancia de una población a otra, su precariedad, el escaso número de habitantes, la amenaza indígena. A finales de 1582, a ocho meses de fundada Salta, Sotelo de Narváez escribía a la Audiencia de Charcas que ésta se había poblado “sin fundamento” ya que se mantenía del “acarreo de la de Talavera y San Miguel”. Para añadir: “Están en un fuerte, no tienen pobladores” y los pocos que hay son vecinos de las otras ciudades. La visión de Ramón J. Cárcano es ésta: “Constituía toda la población una insignificante agrupación de hombres aislados en el desierto, sin trabajo ni estímulos, miserable y vegetativa en su actitud defensiva, barbarizándose en su medio salvaje”.

Lizárraga observa que en las cien leguas antes de llegar a Salta todo está despoblado y recién a la altura de Humahuaca hay más gentes, mejores “tambos” y mayor fertilidad. Jujuy está “en un valle muy fértil de suelo” y Salta “en un valle muy ancho y espacioso. Uno y otro son abundantes de comida, maíz, aves, carneros, vacas, y todas frutas nuestras, viñas, de donde el día de hoy hacen vino; tienen todas las plagas que hay en la provincia del Tucumán”.

La gente vive del maíz y realiza ventas de productos de la tierra a Potosí. Así lo hace con la miel silvestre que lleva en odres, y productos de huerta frescos para

las ollas bien provistas. Ocaña llega a decir que se llevaba pescado fresco por los indios del Pilcomayo. La agricultura complementaba de este modo a la minería de aquellas tierras menos fértiles y con la mano de obra indígena trabajando en las minas. Las afirmaciones de estos viajeros sitúan el comienzo del comercio inter-regional en fechas más lejanas a las que algunos autores suponen. Y abren como incitación la vista a los estudios de cuantificación del volumen y características de este intercambio y de su dependencia de los ciclos de expansión o retracción de la actividad minera en Potosí.

Las gentes visten trajes de lana que ellos mismos tejen y tiñen. Falta la sal, aunque a pocas leguas hay una enorme salina que a los ojos del viajero se antoja como un gran río. El agua de estos ríos es mala por ser “gruesas y salobres”. El suelo es salitroso y mientras más cavan la tierra, más salitre hay, “por lo cual todos los frutos nuestros (que de la tierra ninguno vi) son de bonísimo sabor, y las hortalizas”. Otros testimonios hablan de dificultades no ya de naturaleza, sino de los medios para cultivarla. En Esteco, por falta de arados, los pobladores “tuvieran que cavar la tierra a fuerza de brazos”. En las primeras entradas al Tucumán, recuerda en 1585 uno de los veteranos de la conquista, los españoles llevaron allí semillas de trigo, cebada, “y otras cosas de Castilla”, algodón que se desarrolló mucho, higueras, ganados mayores y menores. Que esto había sido así lo prueba el hecho de que en la entrada de Diego de Rojas la aparición de unas gallinas hizo modificar el rumbo de la expedición. Por último, Lizárraga anota que por los caminos llanos se anda en carretas “las cuales no llevan una punta de hierro, ni los caballos gastan mucho herraje, por ser la tierra fofa”. En efecto, sólo madera y cuero se empleaba en la fabricación de estos carros tucumanos.

Las observaciones de Ocaña sobre este punto son en parte coincidentes. Para llegar a Esteco, dice, hay que pasar varios pantanos y cerca de esa ciudad hay aguadas a manera de pozos. La población indígena es la renta de los encomenderos “porque les labran toda la ropa, aunque tienen también muchas estancias de ganados de yeguas y de mulas, que todo se vende a Potosí”. También en Esteco se trabaja el algodón, y los tejidos y la miel son los productos que se

llevan a Potosí. Mientras que desde Salta se fletan mulas y ganado allí también y se extrae miel que al mismo tiempo se negocia en esa ciudad. Los tejidos se tiñen de un verde y amarillo muy finos, pues hay añil y cochinilla en abundancia. Estas prendas son las que visten los españoles. La abundancia de algarrobo sirve a los indios para preparar sus bebidas alcohólicas.

Altamirano atiende más a los detalles del número de habitantes y la edificación que tiene la ciudad. Mide las distancias de un sitio a otro y hace escuetas observaciones sobre algunos antecedentes de las poblaciones que menciona. La atención del jesuita está puesta en remarcar la extrema pobreza de los habitantes de estas poblaciones y las difíciles condiciones de su existencia. En Santiago del Estero las viviendas son ranchos de paja, ya que los salitrales y la escasez de piedra y cal impiden otro tipo de construcción más resistente a las aguas de los ríos cuando salen de su cauce, las tormentas y los vientos. Esos son terrenos, dice, “donde todo parece tragarlo la arena.” Las viviendas no son sino “cuatro tapias de tierra sin cimientó alguno”, armadas de palo y paja que sirven de tejado. La información sobre número de pobladores y casas tiene todas las limitaciones de la observación directa o las referencias fragmentarias. A Salta da unas sesenta casas y a Jujuy cerca de trescientas.

Vázquez de Espinosa hace pintorescas descripciones, como la del camino a La Rioja. En el trayecto de Potosí a Jujuy se ve tierra de mucha serranía, “llenos los campos de vicuñas, guanacos y venados, viscachas y tortugas grandes como varreños”. En Jujuy venados, avestruces, perdices “grandes como gallinas”, observación que repite casi textualmente Ocaña. En estas ciudades los hombres en su mayoría son arrieros y llevan harina, maíz y “otras cosas de sustento a las minas de Chichas”. Comercian con ganado en Potosí. De Esteco salen, a la Villa Imperial, jabones, lienzos de algodón, pabito, velas.

Lizárraga describe las casas como pobres, de adobe, desmoronándose siempre por la tierra salitrosa. Las cubren convenientemente para evitar los daños de las fuertes granizadas estivales. Ocaña observa que en el Tucumán las

viviendas y moradas “son en cuevas debajo de la tierra: y toda la parentela vive en una cueva de éstas”. Pero al mencionar la riqueza maderera de Tucumán y la fabricación que se hace allí de sillas y ventanas, anota que antes las viviendas todas eran de paja.

Las anotaciones sobre las particularidades de la población indígena son escasas. Ocaña apunta que el calor de la tierra en Tucumán parecía predisponer a la gente a estar todo el día sentadas y ser “demasiado viciosas en vicio de carne y descuidadas en lavarse”. En lo que asoman dos temas polémicos sobre la naturaleza del Nuevo Mundo: la indolencia del nativo y la influencia del clima en la conducta de los hombres. De los calchaquís el mismo Ocaña pondera su valentía y anota que éstos no entierran a sus muertos, sino que los comen, hasta parientes e hijos. “Éstos comen carne humana todas las veces que la alcanzan”, añade.

Luego hace mención este autor de la existencia en estas regiones de “todas las frutas de Castilla, como son granados y membrillos, higos y uvas, y peras y camuesas, y manzanas y albaricoques y tunas; ésta es fruta de la tierra muy regalada. Mucho agrio de naranjas, cidros, limones, limas. No hay en todo el Tucumán ni el Paraguay olivos porque no se han puesto”. Lizárraga hace una similar mención: “en toda esta provincia se dan viñas, membrillos, granadas, manzanas... el vino que se hace dura muy poco, porque se vuelve vinagre”. Hay en Salta muchos árboles frutales que han traído de España. También viñas, maíz y trigo. Más tarde De Paw negará a América capacidad de producir frutas con hueso, y el Padre Gilij, yendo más allá, extendía esa negativa a las peras, manzanas o duraznos.

Como se ve, la tendencia de los primeros autores es la de equiparar la naturaleza americana con la de sus tierras de origen, como el evitar la mención de aquellas especies que les son desconocidas aún. El Padre Acosta había advertido de que “a muchas de estas cosas de Indias, los primeros españoles les pusieron nombres de España, tomados de otras cosas a que tienen alguna semejanza,

como pinas, y pepinos, y ciruelas, siendo en verdad frutas diversísimas, y que es mucho más sin comparación en lo que difieren de las que se llaman por esos nombres". Así los españoles llamaron a la banana "plátano" por "alguna similitud que encontraron".

Para ceñirnos al tiempo disponible haremos más sintética la mención al tema de las especies animales en los cronistas que hemos escogido. El acopio de datos posee un interés particular, pues, sus descripciones y argumentos alegan ya, sin saberlo, al debate iniciado por Buffon en el siglo dieciocho, alrededor de la supuesta "inmadurez" y "degeneración" de la fauna americana, consideración que De Paw extenderá luego al propio hombre del Nuevo Mundo.

Observaciones a golpe de vista o referencias recogidas por informadores nutren este repertorio de los cronistas. "Hay muchos puercos muy grandes y bravos que tienen el ombligo en el espinazo", dice Ocaña. Para Buffon el único animal que ha prosperado aquí, haciéndose más grande y apetitoso, es el cerdo. Ocaña anota esta característica de los puercos lo mismo que Fernández de Oviedo (1526) cuando dice: "Estos puercos tienen su ombligo en el espinazo". Lo que repite (1765) Voltaire en similares términos.

"Muchas liebres en abundancia, salvo que tienen cola más larga. Y algunos otros animales, ansí como son tigres y leones, aunque los leones no son tan feroces como los tigres, porque el león no mata nunca indio alguno, y los tigres sí, cada día". El que haya muchos tigres se debe a que la tierra es caliente, montuosa y de mucho ganado para alimentarse, añade. Lizárraga refiere en este punto que aquí "en la tierra que es montañosa se crían leoncillos y tigres en cantidad, que no dejan de noche dormir a los caminantes con sus bramidos". Los tigres son peligrosos "si no ven candelada". Goodman (1616) había afirmado la incapacidad americana para producir tigres feroces. El Padre Jolis luego admitirá haber visto en las misiones del Tucumán verdaderos tigres que no sólo conoció allí, sino comió.

“Víboras hay en cantidades y diversas clases. Unas grandes, pero no venenosas; otras más pequeñas que éstas, ‘muy pintadas’ y tan ponzoñosas que le puso la naturaleza en la cola unos zurroncillos con unos huesecillos dentro que suenan como cascabeles, y cada año les nace uno, llamándose víboras de cascabel, porque van de continuo sonando por donde van... y otras más pequeñas aún que llaman *volantines* o *voladoras*, pues saltan del suelo a picar a un hombre de a caballo. Hay también culebras bobas que no hacen mal alguno, pero grandes y gruesas como cuerpo de hombre bien grueso”.

Hay también gran cantidad de sapos cuyo tamaño había llamado la atención a Buffon, en quien estaba presente la creencia popular –dice Gerbi– “de que los sapos nacen del agua o la tierra anegada”. Vico cree que las ranas nacen “cuando los veranos son lluviosos”. Jorge Juan y Antonio de Ulloa refieren que en Portobello algunos creían “que cada gota de agua se convierte en un sapo”. Ocaña ve en el Tucumán “gran cantidad de sapos, grandes como copas de sombreros”. Hay otros más pequeños que se comen las moscas. Para los autores europeos del siglo XVII, existía una directa relación entre el pulular de insectos y reptiles y la humedad. Buffon llama al sapo “animal fofo” que pulula en la podredumbre.

Las moscas son muchas y también “son peores que los sapos, porque son muchas”. Si alguien come de un plato en que ha caído una de éstas, se “le revuelve el estómago, de manera que vuelve a vomitar lo que ha comido”. Lizárraga dice lo mismo que Ocaña, añadiendo que a quien eso ocurre “lanza la viva sangre” del estómago. Por esto en las cocinas siempre hay dos indios ahuyentando moscas. En Esteco vio usarlas como purgas a falta de mejor remedio. Son cantidades enormes las de estas moscas y si alguna se pone en las carnes, “la dejan llena de gusanos”.

No es menor la cantidad de mosquitos que hay. Los más pequeños son los más ponzoñosos, pues “pican en las orejas y en el rostro y en las manos, y duele la picadura mucho”. Hay unos mosquitos de noche que llaman “zancudos” los pobladores de la zona. Son muy molestos y zumbadores e igualmente

ponzoñosos y “no dejan dormir a la gente ni comer a los caballos; y así se tiene por partido caminar de noche”. Friederici escribe, en su trabajo ya citado, que los mosquitos son “espíritus atormentadores de hombres y bestias” como obstáculo formidable en la conquista de América, ya que entorpecían las marchas y hacían inhabitables comarcas enteras. Los europeos tenían menos defensas que los indios, que desnudos y protegidos de aceites especiales, podían eludir las molestias.

Los viajeros refieren también la presencia de enormes cantidades de pulgas, y Ocaña cita una especie llamada “ningua” no sólo picadora –dice–, sino que al introducirse en los dedos del pie y creciendo entre ellos, formaba “cañamones” que “enconan todo el pie de manera que, si no lo sacan a tiempo, es menester cortar los dedos”, llegando a casos de amputación de piernas, como pudo ver él mismo.

Iguals cantidades hay, dicen, de grillos, langostas, cocodrilos y lagartos tan grandes algunos “como un caimancillo”. Por haber tanto animal ponzoñoso, escribe Lizárraga, en estas tierras “el pasajero ha de mirar dónde pone el pie”. La impresión de Ocaña no es finalmente benevolente, y concluye esta parte diciendo: “así tiene tantas cosas malas esta tierra, y tantas plagas, que se olvidan las buenas que hay en ellas”. Otros viajeros anotaron muy distintas valoraciones y los valles de Salta son “uno de los más amenos, fértiles y agradables que formó la naturaleza”.

Hemos intentado una aproximación al tema de los viajeros y al abanico de problemas que sugiere. Delimitando una región y precisando un período, obtenemos una secuencia del desarrollo de las ciudades y la transformación de su entorno. Al final son más los interrogantes que quedan abiertos que los que efectivamente se responden. Pero el acercamiento a estas fuentes parece un umbral útil y necesario para mejor definir lo que en los cronistas está sólo sugerido con las limitaciones ya anotadas. De otro lado, sus testimonios se inscriben en la polémica europea del siglo XVIII, en la que quedó prefigurada

la visión euro-centrista que dominará no sólo al europeo que ve la América española sino al propio americano ilustrado de la época independiente.

Esta aproximación a los viajeros-cronistas puede permitir reconstruir bajo su particular enfoque un mundo a veces ausente de otros documentos. Posibilita que nos asomemos a contemplar unos fragmentos vivos que muestran la manera en que los hombres de España establecieron sus relaciones con los hombres y la naturaleza americana. Acompañar al viajero es una incitación que acecha a cada tramo del camino, un camino que –empero– quedaría trunco y sin salidas si no se integran estas visiones con las investigaciones de las fuentes documentales de estos aspectos del pasado que asoman en la observación del viajero. Sin desmerecer el valor que en sí mismo tienen estas crónicas, dejamos planteada la necesidad de integrarlas con enfoques y aportes documentales que avancen por las líneas insinuadas aquí.

Bibliografía principal

- BARBA, ENRIQUE M.: *Huellas, rastrilladas y caminos*, Ed. Raigal, Buenos Aires.
- BLISS, HORACIO WILLIAM: *Evolución Económica del Tucumán*, Curso del Instituto de Cultura Hispánica, Tucumán, agosto de 1968.
- CARO FIGUEROA, GREGORIO A.: *Historia de la Gente Decente en el Norte Argentino*, Ed. del Mar Dulce, Buenos Aires, 1970.
- CORNEJO, ATILIO: *Apuntes históricos sobre Salta*, Ed. 1932.
- DAVIS, RALPH: *La Europa Atlántica*, Ed. Siglo XXI, 1976.]
- FRÍAS, BERNARDO: *Tradiciones históricas*, Segunda serie, Ed. J. Méndez e hijos, Buenos Aires, 1924.
- FRIEDERICI, GEORG: *El carácter del descubrimiento y la conquista de América*, Edición Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- GERBI, ANTONELLO: *La disputa del Nuevo Mundo, Historia de una polémica: 1570-1900*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- LEVILLIER, ROBERTO: *Nueva crónica de la conquista del Tucumán*, Vol. I y II, Buenos Aires, 1930.
- LIZONDO BORDA, MANUEL: *Tucumán a través de la historia*, Edición 1916.
- LYNCH, JOHN: *España bajo los Austria*, Vol. II, "España y América (1593-1700)". Editorial Península, tercera edición, 1975.
- MENÉNDEZ PIDAL, GONZALO: *Imagen del Mundo hacia 1570*, Madrid, 1944.
- RAMOS, DEMETRIO: *Minería y comercio interprovincial en Hispanoamérica, Siglos XVI, XVII y XVIII*, Universidad de Valladolid, Departamento de Historia Moderna, 1970.
- ROSA, JOSÉ MARÍA: *Del municipio indiano a la provincia argentina (1508-1851). Formación social y política de las provincias argentinas*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1958.
- SETTI, ENRIQUE DE JESÚS: "Aspectos geográficos de los principales derroteros del tráfico", en BARBIERI DE SANTAMARINA, *El área jurisdiccional del Tucumán*, cuadernos Humanitas, Tucumán U.N.T.
- TORRE REVELLO, JOSÉ: "Viajeros, relaciones, cartas y memorias" Tomo IV, segunda parte de *Historia de la Nación Argentina*. Academia Nacional de la Historia, dir. Ricardo Levene, Buenos Aires, 1938.

Reseñas bibliográficas

Pedro Cerezo Galán

***Arte, Verdad y Ser en Heidegger. La estética en el sistema de Heidegger*
Madrid, Fundación Universitaria Española, 1963.**

Este trabajo pretende mostrar el pensamiento de Heidegger desde el “mirador” del arte y de la estética, que se convierten en dimensiones privilegiadas para entender a Heidegger. El autor pretende mostrar que la “estética” es el hilo conductor que nos permite “sistematizar” mejor el pensamiento de Heidegger. Sin dudar que, como el autor expresamente lo señala en el prólogo, hablar de “estética” y de “sistema” trae aparejados problemas concretos en Heidegger. El autor intenta soslayarlos, indicándonos que estética hay que entenderla en el sentido más amplio de la Filosofía del Arte, y Sistema simplemente como un pensamiento lleno de vocación de unidad, y que intenta tramarse desde esta vocación (que se traduce en la sensación de encontrarse “siempre en el mismo sitio”). El libro comienza con un capítulo sobre el “horizonte de Sein und Zeit”, donde la exposición del autor parece guiada por mostrar que Heidegger es injusto en su crítica “demoledora” de la metafísica tradicional, particularmente con Santo Tomás, y de que el sentido de “existencialismo”, aplicado a Heidegger, tiene matices muy especiales. Por otro lado, se trata de mostrar que la pregunta por el ser es, realmente, el hilo conductor de la meditación heideggeriana. En el segundo capítulo se accede al problema propiamente estético a través de la meditación heideggeriana sobre la obra y la cosa (der Ursprung des Kunstwerkes). Luego se estudia la concepción de la verdad, correlato necesario de la ontología, y verdadero acceso al problema del arte. En efecto, para Heidegger el arte realiza la verdad, la pone en obra. El capítulo cuarto trata este problema, donde fundamentalmente se prosigue con el análisis del trabajo sobre la esencia de la obra de arte. En el capítulo quinto el autor recurre al trabajo sobre Hölderlin und das Wesen der Dichtung y al Wozu Dichter, donde Heidegger señala su teoría del poetizar y de la esencia de la poesía. Finalmente, en el último capítulo, se trata de mostrar cómo el pensamiento de Heidegger se abre al “misterio”, una vez que pretende haber superado la metafísica.

El libro adolece de muchas fallas. Su intención polémica con relación a una determinada tradición le quita amplitud de miras. Su empeño en mostrar la “estética” y el “sistema” de Heidegger le impiden abrirse realmente al significado de las “sendas perdidas” y del “estar en camino hacia el lenguaje”. Su imagen de Heidegger como “demoledor” le obnubila al autor la comprensión del potencial creador de Heidegger. Por otro lado, no hay suficiente discusión crítica con diversas interpretaciones que ya en tiempo de la publicación de la tesis (de eso se trata en el trabajo) habían aparecido, ayudando a esclarecer los puntos de vista del filósofo de la Selva Negra. Conocíamos algún otro trabajo de Cerezo Galán (el artículo sobre la “Admiración”, en Convivium de Barcelona, por ejemplo), y esperábamos más de la lectura de este libro. Nos decepciona una inmadurez y una ligereza que son especialmente crueles tratándose de Heidegger.

Carlos A. Cullen

Manuel Gonzalo Casas***Introducción al pensamiento real; Buenos Aires, Editorial Hypatia, 1979, 114 págs.***

Este nuevo libro de Manuel Gonzalo Casas es la transcripción directa de la grabación original de seis encuentros realizados en la ciudad de Mendoza (Argentina), trabajo cuidado por Delia Ruiz y Armando Martínez, autor este último del prólogo del libro. Sin duda que podemos contar a esta obra como un nuevo aporte, original y profundo, de este lúcido pensador americano que es Gonzalo Casas. En algún sentido es cierto que se complementa su *Introducción a la Filosofía* (obra que tiene ya más de 25 años), pero es cierto también que quizás en esta obra se desarrolla y explícita mejor su comprensión misma del filosofar, entre otras cosas, porque el marco mismo del discurso se adecua mejor a sus intenciones más profundas: se trata de “encuentros” y el diálogo concreto que se instaura con sus interlocutores le permite explicitar temas y motivos, que los marcos académicos de un texto no siempre posibilitan.

Entre las muchas ideas que el libro intenta pensar, queremos rescatar algunas: la importancia de la tópica en el pensar filosófico, y su relación con la dialéctica: la idea de la magia y el pensar mágico como anterior al mito; la idea de los tres “topoi” griegos: arjé, ousia, telos, y los tres “nombres” divinos: Elohim, Yahvé, Mashá; la relación del mundo y lo in-mundo; la idea del “cazar” y “ser cazado”; la idea del amor y el fuego como originarios, como “focos” de los cuales todo se deriva; sugerencias ricas sobre la vida y la palabra como las dimensiones definitivas. Todos estos temas son tratados desde un diálogo filosófico muy sugestivo con Aristóteles, Kant, Hegel, Max Scheler, y —más ocasionalmente— con Santo Tomás, Nietzsche, Kierkegaard, y algunas ideas centrales del pensamiento hindú y chino. Por supuesto, como siempre en Gonzalo Casas, campea a lo largo del libro un profundo sentido cristiano: “... el *Cristo Vivo de la Pascua Eterna*. Ese ya no es el Dios en dialéctica con la nada; es el Dios en dialéctica con el hombre. Es el Cristo de mi amor y de mis sueños” (pp. 97-98).

De las muchas sugerencias que el librito deja, quisiéramos retomar una, que nos parece central en Gonzalo Casas, y que creemos toca uno de los puntos esenciales de nuestra preocupación como filósofos de esta América profunda. Me refiero a la relación entre la tópica y la dialéctica. Gonzalo Casas, partiendo de la dialéctica platónica (como ciencia suprema del sentido), se detiene a entender al Aristóteles retórico (el de la Tópica y la Dialéctica), para finalmente pasando por el Kant de la Crítica del Juicio, anclar en Hegel, para quien la dialéctica es, precisamente, el camino que recorre todos los “topoi”, reconociendo su verdad limitada, para realizarlos plenamente en el Saber Absoluto. Y digo que la reflexión me parece fundamental para hacer filosofía en América, porque en última instancia América es justamente un “topos”, un punto de vista, una “doxa” si se quiere, pero que tiene la peculiaridad histórica (el “destino” diríamos) de realizar en su propio juego la dialéctica, es decir, el encuentro de diferentes “topoi”, con una profunda intuición de la totalidad, de la superación de la diferencia entre el sujeto y la cosa, de estar, simplemente, “chapoteando lo Absoluto”, como solía expresarse Rodolfo Kusch. Quizás por eso afirme

Gonzalo Casas: "Pensamiento mágico —que quiere decir para Gonzalo Casas identificación con la cosa, y es anterior a la objetivación mítica—, es, para mí, el pensamiento americano" (p. 19). Aun cuando no estemos de acuerdo con él en decir que no hay "un solo filósofo latinoamericano, que no valga una hora de pena", entre otras cosas, porque el mismo Gonzalo Casas vale más de una hora de pena. Creo, sin embargo, que esta idea de la relación del topos y la dialéctica, central para entender el surgimiento del filosofar, debe todavía ser profundizada. ¿Cuál es el "topos" de América? ¿Cómo desarrollar su dialéctica? Creemos que ya se pueden decir algunas cosas. Por ejemplo, que el topos de América es el "estar", como contrapuesto al "ser", tema obsesivamente pensado por Kusch, y que nosotros mismos retomamos intentando una dialéctica en nuestra *Fenomenología de la Crisis Moral*. En el estar, que como punto de partida (o topos concreto) es, en realidad, un "nosotros-estamos", hay una identificación del ser y del pensar, pero en la forma específica de la sabiduría popular, que es el verdadero "espíritu" que limita y realiza los *topoi*, y que es distinto de la *episteme* o de la *dianoia* o de la *Wissenschaft*, en el sentido fuerte de Hegel. Más que identidad de ser y pensar, se trata de un arraigo a la tierra del nosotros, simplemente porque está.

Podríamos intentar proseguir los encuentros con Gonzalo Casas, para profundizar en muchas otras cosas. Es lo que sugiere este fecundo libro: son seis encuentros (La Cosa y lo Real; La Apertura del Mundo; El Ser y el Pensar; Amor y Conocimiento; El Ser, la Nada, el Todo: la Vida), pero abren una infinita posibilidad de nuevos encuentros.

Carlos A. Cullen